

Mariano NAVA CONTRERAS, *Homero y la cera de Descartes. Fortuna y pervivencia de la Antigüedad entre nosotros*, Madrid, Ediciones Complutense, 2019, 279 páginas, ISBN 978-84-669-3628-6

FELIPE G. HERNÁNDEZ MUÑOZ
Universidad Complutense de Madrid
ORCID: <https://orcid.org/000-003-1929-1250>
fhmunoz@filol.ucm.es

DOI: <https://doi.org/10.24197/mrfc.33.2020.313-315>

Con gran satisfacción traemos a estas páginas la semblanza de un libro recomendable por muchas razones, de las que podrían destacarse tres: primero, porque su autor, Mariano Nava Contreras, es quizá hoy en día una de las voces más reconocidas de la de la Filología Clásica en Iberoamérica. También, porque el contenido de su libro, una recopilación de artículos breves, publicados en prensa en los últimos años, sobre aspectos actuales del Mundo Clásico, lo hace enormemente sugestivo. Asimismo, por la propia calidad literaria del libro, ya que su autor maneja con exquisita elegancia nuestra lengua sin restarle un ápice de profundidad.

En efecto, el Dr. Mariano Nava, además de Director durante muchos años del único Departamento de Clásicas que quedaba, en la Universidad de los Andes (Mérida), en nuestra hoy tan maltrecha, pero siempre tan querida y cercana Venezuela, además de contar con una dilatada bibliografía en el ámbito de la Filología Clásica, se ha dedicado durante años (y sigue haciéndolo) a publicar en la prensa de ese país penetrantes columnas en las que para un público amplio desentraña aspectos de la Antigüedad y, lo que es más difícil y decisivo para la fortuna de nuestros estudios, invita al lector a una reflexión crítica que lo injerte en su concreta actualidad. Y es que, como bien apunta el autor en sus “Palabras preliminares”, el legado clásico es como aquella cera de la que hablaba Descartes en sus *Meditaciones físicas* (y de ahí el título del libro), cera que, acercada al fuego, se derrite, cambiando su apariencia, pero sin mutar su verdadera esencia. Así también aquellas palabras, ideas, sentimientos y valores de los antiguos griegos (y romanos) quizá a primera vista parezcan hoy diferentes en su aspecto, derretidos al calor de la frenética actualidad del momento, pero en realidad, siguen, esencialmente, siendo los mismos, ya se trate, pongamos por caso, de las torpes maniobras políticas del gobernante de turno para aferrarse al poder o de las impresiones que suscitan al autor el recuerdo de un viaje o de una lectura.

Este libro selecciona casi setenta de esos breves artículos publicados semanalmente en la prensa caraqueña entre los años 2008 y 2012, que el autor, tras un breve

prólogo, agrupa en torno a tres grandes ejes temáticos: “la palabra y el pensamiento” (primera parte); “la ciudad y el poder” (segunda parte), y la “memoria y la gente” (tercera parte). La mera mención de los títulos de algunos artículos en cada parte puede orientar al lector sobre su contenido y despertar en él el deseo de continuar su lectura: “Actualidad de las Ítacas”, “Liberen a Prometeo”, “Aristófanes, tanto tiempo después”, “La oración de Sócrates”, “Salir de la caverna”, “Ovidio: un poeta del exilio” (primera parte); “La corrupción en la Antigüedad”, “*Stásis*. Historia de una palabra”, “La palabra ‘tirano’”, “*Demokratía*, ese gran invento”, “*Idiotés*”, “Historia natural del populismo”, “La *República* de Platón y los ‘pajaritos preñados’”, “Teatro y política”, “Animal político” (segunda parte); “Una cultura de la libertad”, “Para una historia del perdón”, “Mitología de los refugiados”, “La perversa estupidez del fanatismo” o ¡“Estos griegos”! (tercera parte). Son, sin duda, títulos sugerentes que no van a la zaga de sus contenidos, breves (apenas un par de páginas cada uno), pero siempre frescos, penetrantes, luminosos. Es magistral cómo el autor, en tan breve espacio, consigue acercar su peculiar “zoom” y proyectarlo de manera tan nítida, incisiva y –por qué no decirlo– también comprometida, a esos lugares más cercanos de nuestra realidad.

En cada artículo el autor suele seguir, *grosso modo*, una estructura tripartita, también muy griega: un breve introducción, a manera de proemio, donde se alude rápidamente al concreto motivo que ha originado el artículo; una parte central, en la que se detiene a explicar, con admirable claridad y síntesis, el pasaje clásico (episodio o lectura) que motiva su reflexión, para cerrarlo con un epílogo o conclusión, en donde se concreta la analogía entre lo acaecido entre ambos mundos, el antiguo y el actual. De manera natural, por ejemplo, el autor remonta en “Lesbos” desde la historia trágica asociada a la isla, con la muerte de Orfeo, hasta finalmente acabar con la historia, también trágica, de los inmigrantes que en la actualidad siguen sucumbiendo junto a sus costas. En otro capítulo es el recuerdo de un paseo junto a la llamada “celda de Sócrates”, frente a la Acrópolis, lo que lleva al autor a su reflexión sobre el papel (y los riesgos) del intelectual en el mundo contemporáneo. No estamos ante una suerte de manual de cultura clásica, sino ante reflexiones, a veces muy personales, de alguien que vive, “respira” con naturalidad los clásicos y con la misma naturalidad los proyecta a cada experiencia, sea vital o más académica, y los transmite a los demás. Y todo ello en un estilo ágil, pero cuidado, con ese elegante manejo del idioma al que los escritores latinoamericanos nos tienen ya acostumbrados.

Ediciones Comlutense ha acertado, pues, plenamente en la publicación de este libro, que acaso descubra para algunos lectores del “otro lado del charco” a uno de los nombres más brillantes de los estudios clásicos en Iberoamérica, como apuntábamos al principio. No suele prodigarse en la actualidad tan buen y necesario maridaje ente periodismo y Filología Clásica. Al leer el libro de Mariano Nava, recordaba a Indro Montanelli, que a finales de los años cincuenta del pasado siglo también transitó desde la prensa al libro con su deliciosa *Historia de los Griegos*–

Historia de Roma. O el más reciente del también italiano Nuccio Ordine, quien en sus *Clásicos para la vida* ha optado asimismo por el formato de brevísimos capítulos para aproximarse de manera también muy personal a obras señeras de la literatura universal. Probablemente este sea el camino si queremos que las Clásicas salgan del reducido círculo de especialistas para ser reconocida y apreciada como fermento vivo por nuestra sociedad, incluidos sus dirigentes. El propio Mariano Nava lo expresaba, desde su peculiar óptica latinoamericana, hace apenas unos días al final del último y espléndido artículo publicado en la prensa digital venezolana (que no pudo ser recogido en el libro): “Qué duda cabe, más allá de las ciencias y de las artes, más allá del pensamiento y la literatura, tenemos una serie de valores y maneras de ver y sentir el mundo cuyas primeras expresiones se remontan a la Grecia antigua. En ese sentido, griegos y americanos compartimos una misma cultura. Sin embargo, en el largo camino hasta lo que hoy somos –tampoco puede dudarse– innumerables añadiduras, unas sabidas, otras insospechadas, se han incorporado y aún se incorporarán en el dilatado hacer de esta compleja síntesis que somos los hispanoamericanos”.

Causa sana envidia que para sus lectores semanales de la prensa venezolana nombres como los de Homero, Aquiles, Ulises, Aristófanes, Solón o Aristóteles, por mencionar algunos, sean ya tan familiares como los del último personaje de moda. Sólo por eso Mariano Nava –formado como doctor en la Universidad de Granada– ya merecería algún tipo de reconocimiento (por ejemplo, de la SEEC) por su dilatada y fecunda trayectoria en la difusión de los estudios clásicos. En efecto, difícilmente se encontrará hoy en día a una persona que en los últimos años haya publicado tantos artículos en prensa no especializada (sólo en este libro los seleccionados llegan casi a setenta, pero hay más, y la nómina ha seguido creciendo) sobre la Antigüedad Clásica y su pervivencia. Y que tan ingente labor de difusión se haya realizado en Venezuela, con las limitaciones de todo tipo que podemos imaginar, es algo verdaderamente asombroso. Gracias, Mariano Nava, por tan magnífico libro y gracias, sobre todo, por mantener encendida la llama del legado clásico en circunstancias tan difíciles como las que vive nuestra querida Venezuela.